

La educación no es una mercancía

José Luis Pascual. Secretaría de Internacional FE CC.OO.

Conforme avanza y se profundiza la globalización y sus efectos se hacen visibles en más y más aspectos de la vida social y de las personas, aumentan los defensores voluntariosos de un fenómeno tan complejo y contradictorio. Para algunos de ellos, gracias a la globalización se está haciendo posible la sociedad basada en el conocimiento. Hay quien llega más lejos y subraya “la naturaleza intrínsecamente social de la globalización”, en la que afirman descubrir “el germen de la sociedad solidaria”.

Estas y otras versiones apresuradas del profundo cambio social que se está generando a nivel planetario se esfuerzan por dibujar el rostro humano de la globalización. Hay publicaciones que dedican números enteros a mostrar la faz amable del proceso, como por ejemplo la revista de la Universidad de Navarra, 2001, nº 1.

En el haber de la globalización se carga también la creciente internacionalización de contenidos culturales y educativos. Gracias a ella, se dice, un número cada vez mayor de personas en todo el planeta pueden promocionarse a niveles de cultura sólo posibles en el contexto social y tecnológico de la nueva era. El nuevo mercado global actuaría además como fertilizador y homogeneizador de culturas. Es de esperar que la pretendida expansión cultural así conseguida no se detenga en los 250 millones de seguidores de entretenimiento televisivo alcanzados por la multinacional Endemol en 2002.

Pero para eliminar obstáculos al mercado global y crear ese ámbito de oportunidades y alternativas universales que se predicán de la globalización, es preciso achicar los poderes de los estados. Reorganizarlos o hacerlos desaparecer, tal es la consigna de los ideólogos más recientes de la globalización. La dirección de todo el proceso globalizador se traslada ahora a organizaciones transnacionales como el Banco Mundial o la Organización Mundial del Comercio (OMC).

Como es evidente que los intereses de estos últimos no coinciden en principio con las necesidades más elementales de la población, la táctica a seguir por estas organizaciones es el silencio. La “nueva libertad” del capital global se logra liberándose del control formalmente democrático de los estados y de las poblaciones que acarrearán con las consecuencias negativas de la destrucción del medio ambiente, la fragmentación social y la pobreza creciente.

En esta calculada redimensión de los objetivos económicos globales, la educación pasa a ocupar un nuevo cometido. Al igual que otros campos de la vida social, se convierte en un área de negocio. La OMC, como punta de lanza de la globalización, está apostando muy fuerte por eliminar barreras a la internacionalización del capital en la esfera educativa, sabiendo que “there is no business like school business” (“no hay negocio como el negocio escolar”). A su vez, las empresas educativas de alcance transnacional presionan sobre los estados para pillar oportunidades de negocio en esferas hasta ahora tradicionalmente reservadas a los servicios públicos.

Privatizar dominios públicos, también en educación, es una de las muchas caras de la globalización. Controlar el rostro menos humano de la globalización exige hacer frente a los ataques de la OMC contra los servicios públicos y universales de educación. En marzo de 2003 termina el plazo dado en Doha (Qatar) para que los estados más agresivos (Inglaterra,

Estados Unidos, Nueva Zelanda, entre otros) presenten oficialmente sus demandas de desmantelamiento de cualquier barrera a las inversiones del capital global.

Frente a los zarpazos de los nuevos árbitros de la globalización, exijamos el carácter público de los objetivos y procesos educativos , que deben permanecer al margen de las negociaciones del Acuerdo General de Comercio en los Servicios que está preparando la OMC. La educación no es una mercancía.